

EL ASTRONAUTA SE PRESENTA

Me llamo Al Ceccato, Al es de Alfred, y estoy aquí arriba, entre las estrellas, y no las de Hollywood, no fuera malo. Hace muchos años, cuando era pequeño, vivía en una casa que tenía enfrente de la puerta dos magnolios monumentales, de esos que aparecen en las guías de botánica, y ahora estoy aquí arriba, entre las estrellas, y no las de Hollywood, precisamente...

Ahora voy a presentarme.

Yo, en realidad, aunque estoy aquí arriba representando a mi país, los Estados Unidos de América, no soy yanqui, ni enteramente ni nada, y tampoco soy sureño; yo soy de origen semichino y semifrancés. Mi padre es chino. Nació en la China comunista del siglo pasado y vivió allí hasta bastante mayor, los cuarenta; no llegó a conocer la Gran Marcha, pero casi. El que sí la conoció fue mi abuelo, su padre. La conoció tanto que acabó sus días en un campo de concentración, acabó tísico pasado y nadie le curó, antes al contrario dejaron que se muriera, por rebelde. Esto de ser rebelde está bien, sobre todo de joven, pero hay que saber serlo. Si te va la vida en ello es mejor dejarse de fantasías y tragar con lo que haya, aunque sobre esto ya sé que hay opiniones encontradas porque en este planeta ha habido muchísimos mártires. Unos lo fueron por razones de principio, otros por cabezonería y otros por motivos sexuales; lo de mi abuelo creo que fue por cabezonería. Mi padre, como era un químico muy bueno, logró que le fichara la Standard Oil y se vino a vivir a California, se fue de China por diez años y no ha vuelto; además, dice que no piensa volver. Ahora allí la situación se ha normalizado, ya no hay Grandes Marchas ni cosas por el estilo. Lo que hay es un montón de hamburgueserías, *drugstores* y gasolineras, y los desiertos de Mongolia parecen el Valle de la Muerte; hasta hay una carretera que se llama *Route 69*, aunque yo creo que ese nombre se lo pusieron de cachondeo; desde luego hay muchas casas de citas, pues para ello es el lugar ideal. Como es un sitio apartado nadie va allí a fisgar lo que está ocurrien-

do, o sea que los clientes se sienten seguros, algo fundamental en este negocio, en el que la discreción es todo. Mi padre, además, cuando recaló en América se occidentalizó el apellido. Él se llamaba algo así como Chi-Ka-Tou. No se escribe así, claro, sino con caracteres chinos, pero esto no lo puedo poner aquí, entre otros motivos porque yo no tengo ni idea de chino. No le quedó mal, la verdad, pero todo el mundo piensa que es italiano, o de ascendencia italiana. Bueno, lo piensan antes de verle, porque en cuanto le ven ya notan que es chino o japonés o algo de eso; se nota que es oriental. Mi padre, como no le gustaba la comida de su país de adopción y en cuanto comía algo fuera de casa se le descomponía el sistema digestivo, hizo una recopilación de comidas regionales, eligió lo mejor de cada una y aprendió a hacerlas todas, a cocinarlas, y lo tenía todo apuntado. Sabía hacer cientos de platos distintos de todos los países, armenios, peruanos, lituanos, españoles, chinos también, por supuesto, tanzanos –su estofado de buey al curry era famoso en la vecindad entera, aunque yo creo que se parecía mucho al guiso de carne nigeriano que lleva caracoles y ñame–, japoneses, brasileños como el rodicio, etc.; aquí no los voy a poner todos porque no acabaría nunca, y, además, el que quiera enterarse que se compre su libro, que en las librerías de la Tierra debe de haber muchos. Como sabía tantas cosas le editaron un libro de cocina que se llamaba "*A la salud por el cosmopolitismo*". El título era un poco largo pero se vendió bien; no había libros como ese en el mercado, así que tuvo bastante éxito.

El chino, mi padre, fue el que inventó un aparato mecánico para cortar las tortillas redondas –como las españolas, por ejemplo– en la cantidad de trozos que uno desee. Es un aparato muy sencillo. Lleva un transportador circular y de su centro parte una cuchilla con una bisagra, una cuchilla que puede girar alrededor de ese centro. Una vez hecha la tortilla, y colocada en semejante artefacto, sólo hay que efectuar unos simples cálculos, o sea, dividir los trescientos sesenta grados sexagesimales que tiene una circunferencia

entre los trozos que uno quiera conseguir, así sale el ángulo, aunque lo malo es que a veces hay que usar la calculadora porque no todo el mundo puede hacer estos cálculos de memoria. Por ejemplo, si hay que partirla en cinco trozos el ángulo debe ser de setenta y dos grados, y si son tres o cuatro, o seis, los trozos, entonces es fácil, eso lo puede hacer cualquiera de memoria e incluso sin aparato. Lo malo es si son trece o diecisiete o veintitrés o cualquier otro número primo o complicado, entonces ya puede usted tirar de calculadora. Casi nunca se parte una de estas tortillas en diecisiete o veintitrés partes iguales, pero esto es lo de menos, así y todo quedaban muy bien cortadas, y el chino, mi padre, estaba muy contento. Luego lo patentó, mandó fabricar mil, para empezar, y se dedicó a venderlos en las tiendas de los pueblos de Wisconsin. Se vendían bien, y eso que en los EEUU no hacen muchas tortillas redondas –yo creo que los usan para las tartas–, pero bueno. Por qué le dio por Wisconsin, no lo sé; lo mismo podía haber sido en Massachusetts.

Yo ahora no tengo huevos, aunque con el aparato de la materia se puede conseguir huevo; en realidad se puede conseguir cualquier cosa, por más que el huevo salga con un extraño aspecto. No sale un huevo normal sino una especie de polvillo amarillo y blanco. Es huevo, y para algunas cosas sirve, pero uno no puede hacerse huevos a la plancha, con lo buenos que son. Eso sí, uno puede decirle a la máquina de qué quiere el huevo, de gallina, de perdiz, de codorniz, de paloma, de avestruz y hasta de cocodrilo, siempre sale un polvillo y lo único que cambian son los porcentajes de los diversos componentes, más grasa, más albúmina, etc., cosas de esas. Cuando uno tiene el polvillo fabricado, le echa agua y consigue huevo batido. A partir de ahí se puede usar para lo que se desee, como un revuelto, por ejemplo.

Mi madre era canadiense, no es que fuera francesa de pura cepa, mucho menos del París de la Francia. Mis bisabuelos eran de una región remota y medio salvaje que se

llama Laburdi. Allí todos tienen el *rh* no sé cómo, de una forma rara, me parece que es como los beréberes, y se distinguen por su afición a la buena mesa. Ocas cebadas a la fuerza con un embudo, esas setas que nacen bajo tierra y se buscan con un cerdo amarrado a una cuerda, langostas a la *basquaise*, etc.; todo ello hacía las delicias de mi padre, hizo un verdadero descubrimiento, y algunas de estas recetas las puso en el libro, en particular el bacalao a la bozatesa. Con semejantes antecedentes a mí tenía que haberme gustado mucho la cocina elaborada, pero la verdad es que no me atrajo nunca. De pequeño sólo comía pollo criado con harina de pescado. La cebolla, ni verla. Del ajo o los pimientos para qué voy a hablar. Las legumbres eran mi principal horror, ni siquiera las tragaba como puré, y al arroz chino y a la fruta los odiaba a muerte. Por eso, cuando hice el examen físico, los ingenieros me dijeron que padecía unas carencias alimentarias propias de los individuos aborígenes de la Tasmania Occidental —ya no quedan, porque los europeos, en la época de los descubrimientos, en el siglo XVIII, se las apañaron para matarlos a todos—, aunque a esto le puse remedio rápidamente. Me dediqué seis meses a nutrirme a base de la mejor dieta que hay, la dieta mediterránea. En seis meses me comí medio buey, decenas de kilos de lenguados y muchísimas judías. Al principio me las comía con azúcar —esto es lo que hacen los ingleses, según creo—, pero luego, a fuerza de experimentar y siguiendo los consejos de mi padre, descubrí que como están buenas es con longanizas. El resultado fue que engordé unos quince kilos, y claro, me volvieron a suspender las oposiciones en la prueba física: no pude correr los cien metros en menos de dieciséis segundos, y eso que lo intenté tres veces. Esto sucedió la segunda vez que me presenté, pero la tercera ya aprobé.

Mi madre, aparte de ser de origen medio francés, después de tenerme a mí empezó a sufrir de desarreglos del sistema nervioso central que se le tradujeron en graves deficiencias inmunitarias: se volvió terriblemente enfermiza.

Cogia cualquier enfermedad, cualquiera que se le pusiera a tiro, y todo ello causado por los nervios, ese mal para el que no existe cura. Por ejemplo, ahora que estoy aquí, entre las estrellas, y mi situación se ha trocado en difícil y forzada estaba en los espacios exteriores, ha cogido la pelagra. Ya sé que agarrar la pelagra es difícil, muy difícil. De hecho, si te alimentas bien resulta imposible, pero para que vean que lo que estoy diciendo es la pura verdad, que mi madre puede pillar cualquier cosa a causa de sus nervios, lo anoto: mi madre ha cogido la pelagra, y los médicos le dijeron, vamos, se lo dijeron a mi padre, que ello se debía a esta nueva situación familiar, mi comprometido hospedaje entre las estrellas.

Mi padre, el chino, escribió una vez un libro, un libro de cocina, pero aquello fue más bien una recopilación de fusilamientos y tampoco lo escribió él, se lo pasó a máquina una secretaria que tuvo en casa durante una temporada. En la época que cuento mi madre resultó afectada de malaria, y como se suponía que aquella enfermedad estaba erradicada del planeta, se la llevaron al hospital para analizar las causas. La malaria es muy peligrosa, muy contagiosa. Puede causar una de las diez plagas bíblicas en menos que canta un gallo, y con estas cosas no se puede jugar porque los políticos arriesgan su carrera; el motivo tampoco es otro, no se me entienda mal. Cuando a mi madre la llevaron al hospital, mi padre —en la vecindad le decían el chino— se trajo a la secretaria a vivir a casa para que no tuviera que venir todos los días porque debía de vivir algo lejos; además cocinaba muy bien, y eso siempre es interesante, sobre todo si te está mecanografiando un libro de cocina. Yo entonces tenía once años e hice mis primeras armas con ella, con la secretaria de mi padre. A mí no me daba ningún cargo de conciencia. Lo que hay que procurar es que de estos asuntos no se entere nadie, pero allí no fue el caso porque la verdad es que no hicimos nada, nada gordo, se entiende, sólo alguna broma. Como estaba escribiendo en un teclado que estaba encima de una mesa, me sentaba en sus piernas —esto lo

hacía cuando no estaba mi padre, cuando estaba en la fábrica, que era por las mañanas—, bueno, pues alguna vez me sentó entre sus piernas y me decía, ¿quieres que te enseñe a escribir? Mira, esta es la e, tú le das a esa tecla y aparece una e en la pantalla; esta otra es la s, y mira, sucede lo mismo, ya tienes ahí la s; esta de encima es la t y esta la u, esta la p, etc. Así estuvimos un rato y al final teníamos la palabra *estuprar*. A mí no me pareció una palabra que tuviera que ver con los libros de comida, pero no dije nada. Entonces ella empezó a reírse estruendosamente y a abrir y cerrar las piernas a toda velocidad, pero como llevaba pantalones no sucedió nada digno de mención, y luego se quedó quieta y me dijo, ¿tú no sabes lo que es estuprar? Yo no tenía ni idea, así que dije, no, ni idea, y me la quedé mirando. Lo dije así para que me lo explicara, a lo mejor me lo explicaba, pero no se me arregló, por lo menos aquella vez, la primera, porque no debía de ser la mejor ocasión. Era tarde, como la una, y mi padre podía aparecer en cualquier momento.

Yo, hasta que tuve veintiocho años, fui dentista; lo mío no era lo de astronauta, eso se me ocurrió de mayor. Yo era dentista, dentista de verdad, odontólogo, no mecánico dentista, pero yo no soy un sádico, no me gustaba nada lo de hacer daño a los demás, y cuando eres dentista siempre estás haciendo daño a los demás y eso es un corte. Los primeros años no, claro, los primeros años te limitas a cobrar y a vivir, y si haces daño a la gente ni te enteras. Durante los primeros tiempos, durante el aprendizaje, no te das cuenta de nada, pero luego, cuando ya tienes una clientela establecida, una clientela fiel, todos esperan de ti milagros, aunque algunos, cuando se sientan en el sillón, en el potro, no quieren ni abrir la boca; otros vociferan y los más protestan, y mientras tanto el reloj sigue corriendo. A veces te dan ganas de matar a alguien. Además, todos te riñen. Doctor —te llaman doctor—, que usted me dijo..., es que el puente..., y ahora qué hacemos..., resulta que mordí una manzana... Cuando eres dentista te tienes que proteger, lo que sucede casi

siempre que eres médico. Yo tenía un amigo que era ginecólogo y decía que adivinaba el sexo de los que iban a nacer. Lo que hacía era preguntarle a la futura madre lo que prefería, mostrarse de acuerdo con ella y, a continuación, apuntar en la ficha médica lo contrario. Si la madre acertaba nadie le decía nada, pero si no, sacaba la ficha y proclamaba, ¿ve usted?, lo que yo le dije, niño, y niño ha sido. Esto de ser médico te obliga a utilizar la astucia, qué remedio, a la fuerza ahorcan.

Bueno, yo era dentista, pero como me reñían mucho, y eso que era bueno, yo creo que no pegué más de diez o doce infecciones a mis pacientes en cinco años que estuve ejerciendo (eso es muy poco; sale a uno cada seis meses), lo dejé, y al dejarlo pensé, y ahora qué hago, ya tengo casi treinta años, ya que no voy a ser dentista tendré que pensar en algo diferente. Un día vi en el periódico que la NASA andaba buscando futuros astronautas, gente que quisiera ir al espacio, lugar al que te suelen mandar a reparar satélites y otros asuntos menores, nada comprometido, así que me apunté a unas oposiciones, y ya en el primer examen me suspendieron; fue cuando me dijeron lo de que parecía de la Tasmania Occidental. La segunda vez estaba completamente fuera de forma y no fui capaz de correr los cien metros en menos de ya ni me acuerdo cuánto tiempo, y eso que lo intenté varias veces, pero a la tercera fue la vencida, a la tercera aprobé. Lo malo fue que entonces tuve que hacer la mili. Si aprobabas las oposiciones de astronauta tenías, lo primero, que hacer la mili, eso que ya no hace nadie, pero era obligatorio, así que pasé tres meses en un campamento en las Montañas Rocosas en donde nos enseñaron a disparar. Yo ya sabía porque tal actividad en mi país es gratis; todo el mundo sabe disparar, o casi todo el mundo. Incluso hay una ciudad, bueno, no pasa de ser un pueblo, que se llama *Gun City*, la Ciudad de las Armas, en donde están todo el día tirando tiros, entrenando, y los padres que son muy aficionados llevan a sus hijos pequeños, hasta de cuatro y cinco años, para que se vayan familiarizando con el

negocio. Los pobres se deben de quedar medio sordos, pero eso a los padres no les suele importar. Lo que les interesa es que se vayan haciendo a la idea de lo que hay por la calle, de lo que se van a encontrar cuando sean mayores. La mayoría son *wasps*, claro. Negros o latinos casi no hay; algunos sí, pero pocos.

Otra cosa que aprendí en aquel campamento fue que en esta vida nadie quiere trabajar, y mucho menos tus jefes. De lo que se trata es de hacer tú su trabajo, o si no puedes, por el motivo que sea, que no sepas, o que no te dejen, resolverles los asuntos domésticos, limpiarles el coche, llevar a los niños al colegio, regarles el jardín, en fin, se pueden hacer muchas cosas; beber cerveza delante de ellos no, eso no les gusta, ni tampoco que te dirijas a sus mujeres. Yo no veo que sea nada malo ser amable con la gente, pero hay algunos que se disgustan, te miran de mala manera y le dicen al administrador que te ponga guardia un día sí y otro no, ya va a ver este listo, y como lo de las guardias es una faena, sobre todo en invierno, de las mujeres es mejor mantenerse apartado. También interesa hacer mucho la pelota: buen tiro, mi capitán, se ve que tiene usted una magnífica puntería, le ha dado al águila imperial en toda la cabeza; a la orden, mi teniente, etc.; decir muchas cosas de esas.

Yo, de todo esto, me enteré en el servicio militar, porque cuando era dentista no tenía jefes, sólo tenía subordinados, es decir, subordinada, ayudante. Tenía una enfermera que también hacía de secretaria, cogía los recados, recibía a los clientes y los pasaba a la salita de espera, y cuando la intervención se complicaba venía a poner la servilleta al paciente, a meterle el aspirador o a darle el vaso de agua, y a veces, entre cliente y cliente, o sea, nos metíamos en la parte de atrás y nos echábamos mutuamente un polvo vertiginoso, urgente, una cosa rápida. Yo entonces tenía unos veinticinco años, de forma que tampoco es tan raro, y ella debía de tener algunos más, no sé, a lo mejor ya tenía treinta. Además estaba casada, pero no importaba porque lo que hicimos nunca se lo contamos a nadie.